

PRÓLOGO

EL ADN INTELECTUAL DEL TERROR

Un dato en el que a veces no se ha insistido lo suficiente ha sido la elección voluntaria del terror por parte de ETA y los etarras como instrumento de acción política. A ningún miembro de este grupo le han obligado a coger las armas, a matar o a dar cobertura al crimen. Ni a los terroristas como individuos ni a ETA como organización. Unos y otros, en un momento dado, optaron por la violencia con todas sus consecuencias. Ni las injusticias, supuestas o reales, ni la represión, ni las condiciones socioeconómicas, ni mucho menos la voluntad del pueblo vasco, la voz de los antepasados o el viento solano de un conflicto pretendidamente ancestral pusieron armas en las manos de aquellos que decidieron usarlas para conseguir unos determinados objetivos políticos.

El recurso de la violencia es una decisión libre de quien la usa y esa voluntariedad debe quedar siempre clara, lo que en el pasado no ha sido siempre así. Matar en nombre de unas ideas es de una gravedad tal que mucha gente se pregunta qué clase de poderosas razones hay detrás de aquel que ha matado, especialmente si ha matado de forma reiterada y a lo largo del tiempo. El espectador inquieto da por supuesto que tiene que haber una motivación sólida para hacer algo que repugna a la naturaleza humana porque en circunstancias normales, sin mediar una patología psiquiátrica, nadie convierte el crimen en una forma cotidiana de expresión política. Y puesto que ETA ha matado, y ha matado mucho y durante largo tiempo, alguna razón tienen que tener para ello, se piensa, incluso aunque no se compartan las posibles razones.

Al espectador que se hace la pregunta de por qué ETA ha matado tanto no se le pasa por la cabeza que los etarras no tienen más razones objetivas que las que pudiera tener él mismo para usar la violencia si quisiera.

El uso del terrorismo no es el último resorte que le queda al que no tiene ningún otro recurso para defender sus ideas políticas por mucho

que fuera durante la dictadura franquista cuando ETA iniciara el camino de la violencia. De ser así, todos los grupos democráticos de oposición al franquismo hubieran tomado las armas y no lo hicieron. Sólo una minoría lo hizo. El resto luchó en la clandestinidad contra la dictadura sin recurrir al terrorismo: lucharon en condiciones difíciles con las ideas, con la propaganda y la palabra, con la organización y la voluntad, y lo hicieron de manera firme, sostenida y pacífica.

La elección inicial de la violencia y su mantenimiento a lo largo del tiempo ha obedecido a una razón fundamental: la consideración de que las armas eran más eficaces que cualquier otro método. La eficacia se podía medir de varias maneras: por los problemas que el terrorismo le causaba al Estado, por la capacidad que la lucha armada mostraba para articular un importante apoyo político y social bajo el liderazgo de ETA, por el efecto propagandístico conseguido y por las expectativas de que, tarde o temprano, tendrían éxito en la consecución de sus objetivos principales. La violencia ha sido eficaz para movilizar a una parte minoritaria pero muy importante de la población vasca en torno a ETA, ha servido para conseguir algunos éxitos parciales, como el cierre de la central nuclear de Lemóniz, y durante décadas ha traído en jaque al Estado.

«Tenemos que entender la lucha armada como un proceso de liberación —escribía ETA en febrero de 2004—¹. [...] En este sentido la lucha armada condiciona la acción del enemigo, crea nuevas situaciones y ofrece nuevas oportunidades. También dinamita el escenario político. Ha quedado de sobra demostrada su eficacia. Gracias a la lucha armada, el camino de la liberación de Euskal Herria se ha abierto. Nuevas generaciones han nutrido de una forma continua la lucha armada, encendiendo la llama de la independencia y haciendo que se den pasos en la lucha por la liberación».

En una historia tan larga como la de ETA, algunos de sus miembros registran también momentos de duda, de vacilación en el camino elegido, pero entonces salen los propagandistas del régimen del terror a apelar a los éxitos parciales conseguidos en el pasado y a sus victorias simbólicas para levantar el ánimo, para transmitir la idea de que si antaño se consiguió esto o lo otro, con paciencia y persistencia se conseguirá el objetivo principal de la independencia. Y en ese pasado hay dos victorias simbólicas que han servido en los momentos de desfallecimiento para realimentar la fe en la violencia o para mostrar a los nuevos adeptos: se trata del cierre de la central nuclear de Lemóniz y del cambio parcial de trazado en la autovía que une Pamplona

¹ *Zuzen*, n.º 79, II-2004.

con Guipúzcoa. Los éxitos sectoriales han sido la gasolina que ha prolongado la vida del coche de la violencia durante bastantes años.

«Nuestros actos deben darse en claves de victoria y, como ejemplo, recordemos que Lemóniz no fue paralizado por procesos electorales ni por simples parlamentarismos, sino por el empleo de diferentes formas de lucha y de participación social»², escribió el dirigente de KAS y de HB Gorka Martínez Bilbao, ya fallecido.

La propia banda terrorista, en la misma línea, señalaba que en los casos de Lemóniz y la autovía del Leizarán «la intervención armada de ETA estuvo unida a la fuerte lucha del pueblo y ambas finalizaron con la victoria del pueblo. La aportación y eficacia de las acciones de ETA fue innegable»³. Hay que destacar que estas palabras se escribieron cuando ya se había registrado en el seno de ETA algún cuestionamiento de la violencia, aunque fuera minoritario. Y que el recuerdo de los éxitos pasados se realizaba a principios de 2004 cuando la banda ya era incapaz de mantener el nivel de terrorismo que había registrado en el pasado, cuando en su seno había un foco crítico que cuestionaba a los dirigentes por no ser capaces de mantener la violencia a la escala que había años atrás. Cuando unos pocos comenzaban a dudar de la conveniencia de seguir con las armas, como se vio en el debate interno habido entre 2002 y 2003, y otros protestaban porque ETA no era capaz de cometer tantos atentados como en el pasado, la dirección de la banda apelaba a la eficacia de la lucha armada en el pasado como promesa de éxito futuro para calmar críticas y motivar a los desengañados.

El camino del terrorismo etarra terminó en 2011 cuando ETA asumió, aunque no lo reconociera públicamente, que no tenía capacidad para desarrollar un mínimo eficaz de violencia a causa de la acción de los instrumentos del Estado.

En *La voluntad del gudari*, partiendo de la idea clara de la voluntariedad de la decisión de ETA y de sus miembros a la hora de optar por las armas, se hace un análisis del ADN intelectual de la violencia, de aquellas doctrinas, mitos y mixtificaciones que contribuyeron a que la banda como organización y sus militantes como individuos encontraran excusas con las que justificar su decisión de matar.

Versiones mitificadas de la historia hacen que terroristas del presente se vean como herederos directos de los que derrotaron a la retaguardia de Carlomagno en la batalla de Roncesvalles o que al matar a un guardia civil crean que se están vengando de las andanzas de Luis

² Gorka Martínez Bilbao (*Egin*, 1-VII-1993).

³ *Zuzen*, n.º 79, II-2004.

de Beaumont, Conde de Lerín, cabeza del bando de los beamonteses que ayudó a la Corona de Castilla contra los reyes de Navarra. Ironizar sobre la inspiración de los etarras en la Edad Media es quedarse corto porque los miembros de ETA a veces han ido más atrás buscando las causas ancestrales de sus males: «España y Francia nos han oprimido durante mil quinientos años, dejando a un lado algunos períodos de calma», escribía un miembro de ETA en un texto aportado al debate desarrollado entre 2007 y 2008 en el seno de la banda. Buscar los orígenes de la supuesta represión 1.500 años atrás lleva directamente a los tiempos del último emperador romano.

En 1978, con motivo de una polémica entre ETA y el PNV por una manifestación convocada por este partido, la banda difundió un comunicado en el que mencionaba que, a raíz del atentado contra Carrero Blanco, el *lehendakari* (presidente) del Gobierno vasco en el exilio, Jesús María Leizaola, dijo «que aquella acción no podía ser obra de ETA, porque el hombre vasco repudia la violencia. El Sr. Leizaola se olvidaba entonces de la batalla de Roncesvalles, de dos guerras carlistas, de una tercera de defensa frente al franquismo y de la participación de exiliados vascos contra la ocupación de Francia por el ejército alemán, y probablemente hoy no volvería a repetir aquella desafortunada declaración».

Los etarras, en esa declaración, establecían una continuidad histórica desde Roncesvalles, en el 778, hasta el atentado de Carrero, en 1973, una continuidad determinada por el hilo de la violencia. Los vascones de la Edad Media estaban en un extremo de ese hilo y los etarras en el otro.

Más cercanas que esas referencias y más intensas en la educación emocional de los terroristas están los episodios relativos a las guerras carlistas interpretados como guerras de liberación nacional vascas en lugar de conflictos sucesorios españoles mezclados con el enfrentamiento entre partidarios del Antiguo Régimen y los defensores de la modernidad representada por las nuevas clases burguesas. Y, sobre todo, está la Guerra Civil de 1936-1939, la postguerra y la evolución de sectores del nacionalismo vasco tras la derrota.

Gaizka Fernández Soldevilla analiza de modo exhaustivo y competente todas esas influencias ideológicas y doctrinales que contribuyeron a facilitar coartadas a quienes decidían tomar las armas en nombre de ETA. Las lecciones sesgadas del pasado, las apelaciones emocionales, la memoria distorsionada y las interpretaciones propagandísticas se han mezclado para crear las justificaciones del terrorismo y alimentar su continuidad.

Un veterano policía francés, con muchos años de experiencia en la lucha contra ETA, solía decir que los auténticos jefes de ETA estaban

en Bilbao y se paseaban con corbata por la Gran Vía. Era su forma de decir que, por encima de los pistoleros de a pie, de los colaboradores de la banda, de los cuadros medios y de los miembros de las cúpulas que se han sucedido en los organigramas reconstruidos por los cuerpos de seguridad, ha habido personas situadas fuera del círculo de sospechosos habituales que han alimentado el fuego sagrado de la violencia, que sin mancharse las manos personalmente han contribuido a justificar el terrorismo, a marcar las líneas por donde debía desarrollarse y a empujar a sucesivas generaciones de pistoleros a tomar las armas. Y todo ello desde la comodidad de dormir cada noche en su casa.

La voluntad del gudari, además de ser un instrumento idóneo para el conocimiento de la historia, advierte del riesgo que se cierne en el momento presente de que en la sociedad vasca, o al menos en un sector importante de la misma, se desarrolle un discurso legitimador del terrorismo pasado. Son los mitos que matan, en palabras del autor que nos previene de que «si no los desactivamos, el caldo de cultivo que ha nutrido de significado al odio y la violencia se mantendrá latente bajo una fachada de normalidad democrática».

Fernández Soldevilla, desde su perspectiva de historiador acreditado, invoca el deber cívico de combatir la desmemoria y las visiones sesgadas del pasado y hacerlo presentando de frente las «verdades incómodas». *La voluntad del gudari* cumple sobradamente con este deber cívico de dibujar cuáles han sido las influencias ideológicas, políticas e intelectuales que han contribuido a alimentar la violencia.

FLORENCIO DOMÍNGUEZ IRIBARREN